

Ramón y yo

Adolfo Sánchez Vázquez

Nos reunimos hoy aquí, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, para rendir un merecido homenaje, al cumplir sus primeros ochenta años, a un hombre poliédrico, en el que se conjugan tantas facetas: las de poeta, filósofo, crítico literario, animador cultural, y por último, pero no lo último, la faceta de buena persona como colega y amigo.

No voy a analizar ninguna de estas facetas por separado; voy a fijar la atención en el horizonte vital en el que nos enmarcamos Xirau y yo, entre convergencias y diferencias. En pocas palabras: no me sitúo ante Ramón como si fuera algo ajeno a examinar, sino en y desde ese encuadre vital. Por esto, yo titulo a mi intervención, sencillamente, sin aditivos, “Ramón y yo”.

Pero empezaré por señalar que, en ese horizonte vital que nos une y nos separa, lo que atraviesa como un hilo conductor nuestro quehacer filosófico es un hilo humanista teórico y práctico, aunque ese humanismo en Xirau tiene una carga religiosa, un humanismo incompatible con el que como —el de Feuerbach— endiosa al hombre, en tanto que para mí el humanismo, lejos de endiosarlo, lo que pretende —en este mundo deshumanizado— es pura y sencillamente reivindicarlo, rescatarlo como tal, o sea, rescatarlo en este mundo terreno, sin pretender trascenderlo, sin los aditamentos divinos que lo harían suprahumano.

Pero, en un sentido u otro, inmanente o trascendente, Ramón y yo compartimos, en definitiva, una posición humanista que nos aleja tanto del antihumanismo teórico de Althusser como del ontológico de Heidegger.

Pues bien, fijado este marco a la vez común y diferente, así como constante a lo largo de nuestras vidas y de nuestra obra,



En Cambridge, 1929

veamos algunos momentos de la relación vital que hemos mantenido para destacar finalmente la imagen de Xirau. Como poeta y filósofo que me he formado en ella y desde ella.

Empezaré diciendo que conocí a un Xirau antes que al otro, pues tuve la fortuna de tratar a su padre, Joaquín Xirau, quien como es sabido, era y es una de las grandes figuras filosóficas del exilio español del 39. Cuando conocí a Xirau —padre— era un hombre maduro, que gozaba ya de un gran prestigio, y pronto de la admiración del joven desconocido que yo era, sin más prendas intelectuales que mi paso por la efímera revista *Romance* y la publicación en Morelia de un libro de poemas escrito en España.

No obstante nuestra desproporción en edad y bagaje intelectual, tuve un trato

directo con él. Primero, en un plano ajeno a la filosofía; el de la política, muy intenso en los primeros años del exilio, y, después —ya en el terreno filosófico— como alumno suyo en esta Facultad. Nunca olvido el magnífico curso que tomé con él sobre Heidegger del que salí encantado por su exposición serena, clara y tan atrayente, y su trato cordial que invitaba a acercarse a él.

Para entonces, hablo de los primeros años del exilio, vi más de una vez a Ramón, un adolescente que seguía, embelesado, a su padre: más tarde lo conocí y traté en Mascarones, donde él ya estudiaba filosofía, mientras que yo estudiaba letras españolas.

Pero mi encuentro más estrecho con Ramón llegó más tarde, cuando yo ya había dejado la carrera de letras y nos relacionamos compartiendo nuestra doble condición: de exiliados y filósofos o aprendices de filósofos. Los dos aparecíamos como el último y tierno eslabón de la cadena del exilio filosófico español en México constituida por Joaquín Xirau, José Gaos, David García Bacca, José María Gallegos Rocafull, Eduardo Nicol y Eugenio Ímaz, entre otros. Todos ellos habían llegado a México con el prestigio de un nombre conocido y de una obra que pudieron continuar en nuestra Facultad. Todos ellos, con la excepción de Joaquín Xirau, por la tragedia que acortó su exilio, hicieron aquí la mayor parte de su obra. Eran pues, filósofos exiliados. De Ramón y de mí no podía decirse lo mismo. Puesto que Ramón había llegado a México siendo un adolescente y yo muy joven entonces, aquí nos formamos y nos convertimos en filósofos. Éramos, pues, exiliados, pero no filósofos exiliados, ya que no teníamos una obra filosófica que exiliar; en ambos casos aquí entramos en la filosofía. No llegamos, por esto, con una



Casa de la familia Xirau en Cadaqués



Con Ana María, su esposa, en Cadaqués, 1990

formación filosófica y ni siquiera —en mi caso— con una vocación filosófica, pues ésta era literaria y más bien poética, como creo que era también la de Ramón. Como quiera que sea, la poesía precedía, en nosotros, a la filosofía. Pero con una diferencia a que el tiempo se encargaría de remachar. En tanto que Ramón permaneció siempre fiel a esta vocación originaria, poética, no obstante su dedicación posterior a la filosofía, mi quehacer poético llegó a su fin en los años cincuenta, para dedicarme por entero a la filosofía.

Quisiera detenerme ahora, en esta relación entre poesía y filosofía, tal como, a mi modo de ver, se da en Ramón Xirau como una relación constante mantenida por él sin desmayo hasta nuestros días. No es casual que en su reciente antología de ensayos, que traducen esta relación, lleve el título de *Entre la poesía y el conocimiento*, y que el prólogo del autor sea no un texto teórico-filosófico sino un espléndido poema suyo: *El Cordero*. Con él se despeja al lector el campo de la filosofía, teniendo como punto de partida la poesía. Pero, ¿sólo punto de partida?, ¿acaso la poesía, en este libro, empieza y acaba en este poema? Dejemos por unos momentos la respuesta en el aire, pues la pregunta puede hacerse a toda la filosofía de Ramón.

Estamos, ciertamente, ante la relación entre poesía y filosofía, ante dos modos de expresión y comunicación que en Xirau se hallan estrechamente unidos. También las ha puesto en estrecha relación, constituyendo una parte medular de su obra, la

filósofa española María Zambrano, exiliada —aunque fugazmente— en México. Pero en ella hay, con respecto a Xirau, una diferencia fundamental, pues María Zambrano, que no cultivó la poesía —que yo sepa—, relaciona una y otra teóricamente, o sea, filosóficamente, aunque en sus textos puedan encontrarse destellos poéticos. Ahora bien, el horizonte en que se mueve María Zambrano es el de una filosofía que convierte en objeto suyo a la poesía. Y éste no es el caso de Ramón. La poesía entra en su filosofía no como un objeto exterior, sino como parte de ella.

Trataré de explicarme, refiriéndome a una definición de Xirau dada por Octavio Paz muy conocida y aceptada. Paz define a Xirau como un hombre puente entre cosas diferentes y, entre ellas, la que ahora nos interesa: “Puente —dice Paz— entre la poesía y la filosofía”. Por puente hay que entender aquí lo que une lo diferente o lo que permite pasar de lo uno a lo otro en cuanto son diferentes. Pero, en Xirau, ¿hay tal puente o tal diferencia? Podría pensarse —pensamos nosotros— que el puente no es sólo lo que permite el paso entre dos cosas diferentes, sino lo que asegura la continuidad de lo mismo (en este caso en la poesía) entre cosas diferentes.

Permítanme recurrir para aclarar este punto a un famoso aforismo de un teórico, Clausewitz, al poner en relación la guerra y la política, al parecer tan diferente. Dice este Clausewitz que: “la guerra es la continuación de la política por otros medios”. Pues bien, yo diría, glosando este

aforismo y con referencia expresa a Xirau, que en él: “la filosofía es la continuación de la poesía por otros medios”.

¿Qué medios? Los propios de la filosofía: reflexionar, argumentar, probar, desechando, claro está, otros medios propios de otras filosofías: los análisis aburridos, la construcción de sistemas filosóficos como grandes catedrales conceptuales, las ambiciosas y vacuas abstracciones, etcétera.

De la poesía, permanecen en su filosofía un soplo vital y su dominio del lenguaje junto al humanismo religioso que la atraviesa. Pero la filosofía no es aquí lo otro de la poesía, sino su continuación con las exigencias que imponen sus propios medios filosóficos. No estamos por ello ni ante una poesía filosófica ni ante una filosofía poética, sino ante la poesía que, sin nunca dejar de serlo, se continúa en la filosofía.

Y con esto pongo punto final a mi intervención en este merecidísimo homenaje a Ramón Xirau. Señalábamos, al comienzo, las múltiples facetas de su obra y de su vida. Yo sólo me he detenido en dos esenciales que —como he tratado de explicar— son una y la misma. Pero esto no significa que subestime las restantes: como crítico literario, como profesor, como animador de obras culturales tan importantes como la revista *Diálogos*, sobre todo, aquella faceta que tanto exaltaba —por difícil de encontrar— su admirado poeta Antonio Machado: la de ser, entre sus compañeros, sus amigos y sus conciudadanos, una buena persona.